

# Ludwig van Beethoven

---

**José Antonio Rosell Antón**

---

*«Antes que Beethoven se escribía para lo inmediato: con Beethoven, se empieza a escribir música para la eternidad».*

## Breve destino final de un genio

**M**E parece oportuno empezar por la escena final de nuestro genio, la figura más relevante que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX.

*¡A las seis de la tarde ha muerto Ludwig van Beethoven!* Noticia que circulaba por la ciudad.

El 29 de marzo de 1827 tuvo lugar un multitudinario entierro del gran genio de la música Ludwig van Beethoven al que acudieron más de 25,000 personas; el cortejo fúnebre duró 90 minutos en recorrer cuatro manzanas hasta la iglesia de la Trinidad de los Minoritas. La carroza iba tirada por cuatro corceles negros seguida de doscientos coches de caballos. En la comitiva se incluían ocho cantantes que ejecutaban el Réquiem de Mozart y los extremos del lienzo mortuorio lo sostenían ocho Kapellmeister; como representantes iban los familiares y amigos entre ellos los von Breuning y Klaus van Beethoven (según otros también Johanna van Beethoven).

Durante la ceremonia cantaba el coro un acto de la Ópera Guillermo Tell, y se rezó una Oración fúnebre a un héroe: *«Estaba poseído por una pasión colérica, llena de lamentos que frenan sus impulsos..., dulces frases en las que se encuentra cuanto de dolorosamente tierno puede hacer que nazca en el alma, un melancólico recuerdo... El león esta-*

---

**Palabras clave:** Beethoven. Ludwig van. Biografías. Enfermedades. Síndrome metabólico.

**Fecha de recepción:** Octubre 2015

**Seminario Médico**

Año 2017. Volumen 62, n.º 1. Págs. 31 - 64

---

*ba enamorado y escondía sus garras... Misántropo de corazón tierno... individualista impulsivo y soberbio, no se sintió nunca limitado por condecoraciones sociales... Lleno de ese terror misterioso y solemne, con que la tempestad conmueve a nuestro ánimo», L.P.M.*

Desde la iglesia lo trasladaron hasta el cementerio de Wóhring donde se enterró. Al acto no acudió ningún representante de la Corte. «Jamás un emperador de Austria tuvo unos funerales como los de Beethoven» dijo alguien.

Una vez concluida la ceremonia y sepultado, el actor *Heinrich Anschütz* se adelantó para leer un escrito de exaltación a la figura de Beethoven, documento que el poeta *Fran Grillparzer* había escrito la noche anterior:

*«Nosotros, que estamos aquí parados frente a la tumba del difunto, somos en algún sentido los representantes de una nación entera, de todo el pueblo Alemán... Un instrumento ahora silenciado... Las espinas de la vida lo habían herido profundamente, ...él atravesó todo, abarcó todo... porque llegó hasta el mismo lugar donde el arte termina... Aquel por quien os estáis lamentando, se encuentra ahora ya entre los hombres más grandes de todos los tiempos...; entonces recordad esta hora, y pensad: estuvimos allí cuando lo enterraron, y cuando él murió nosotros lloramos».*

Posteriormente Litz escribiría: «Para nosotros, los músicos, la obra de Beethoven es como la columna de humo y fuego que guiaba a los israelitas en su marcha a través del desierto. Columna de humo para guiarnos de día, columna de fuego para guiarnos de noche...».

Más adelante compuso una «Cantata para la inauguración del monumento a Beethoven en Bonn» el 12 de mayo de 1845, con letra de Bernhardt Wolff. Sesenta y un años después lo trasladaron al cementerio central de Viena.

Cuanto se biografía sobre Ludwig van Beethoven suele dividirse en épocas o cronologías, y bajo mi punto de vista también podría hacerse con otra perspectiva: el aspecto trágico que subyace en el infortunio o desgracia que en definitiva fue su vida. Un drama donde se enfrenta de forma misteriosa, invencible e inevitable, a un destino cruel que determinó la egregia figura del compositor. Pocas alegrías vivió en su vida. Para este fin he tratado de distinguir en la vida trágica de Beethoven varias perspectivas.

Tragedia familiar. Tragedia amorosa. Tragedia política. Tragedia morbosa. Tragedia final de la odisea. Epicrisis.

## Tragedia familiar

Al iniciar esta complicada historia es preciso recordar algunos rasgos familiares. Sabemos que perteneció a una familia de procedencia humilde, aunque presumía de cierta nobleza, y lo creía así por equivocación o por pretender darle relevancia a su apellido y es que la partícula «van» no significa nobleza como lo es von. Además hay una curiosidad en el apellido Beethoven y es que en alemán significa remolacha, un término que implica una posible procedencia campesina flamenca. Como antecedente anecdótico, parece ser que una de sus tatarabuelas fue acusada de brujería y quemada en la hoguera a finales del siglo XVI. Sus orígenes más próximos se remontan hasta un sastre residente en de Vlámischen y luego en Amberes, quien tuvo doce hijos, a uno de ellos, el que poseía buena voz, lo envió al coro de la iglesia de Löwen, era Ludwig van Beethoven, personaje inquieto que se trasladaría a Alemania concretamente a Boon, donde consiguió trabajo como cantor y músico. Ludwig, gran bebedor, casó y más tarde entraría en la capilla de la Corte del príncipe arzobispo. Uno de sus hijos, Johan, luego también gran bebedor, logró entrar en el coro de la iglesia y aprendió a tocar el violín quien casaría con la hija del inspector de cocina del príncipe con la que tuvo siete hijos (sólo sobrevivieron tres), a uno de ellos nacido el 16/12/1770 y bautizado en la iglesia de San Remigio, puso el nombre de su padre Ludwig (personaje que sería luego el genio de los genios).

Las circunstancias familiares eran penosas, pues convivían en una infecta buhardilla de Boon, lugar del que tuvieron que salir precipitadamente, posiblemente por impago de alquiler.

Es cierto que, Johan, el padre gastaba cuanto ganaba sumido en el alcohol y bajo este estado al pequeño Ludwig de 3 años lo hacía tocar el clavicordio, quería hacerlo otro Mozart; para ello recurría a «encadenarlo» al clavicordio para que estudiara. Fue un niño precoz y al cumplir los 7 años tocaba el órgano y tal vez esa peculiar esclavitud de aprendizaje le permitiera dar su primer concierto con singular talento para la improvisación.

Lo que parece claro es que el niño, ya jovencito, según Cecilia Fischer, fue tratado con severidad por su padre que le hacía salir de la cama cuando llegaba el profesor Tobias Pfeiffer (músico ambulante), o lo encerraba en el sótano si no obedecía. El maltrato paterno se extendía a su esposa Marie Magdalena Keverich; madre tierna y afectuosa con sus hijos a los que les servía de refugio, esposa que recorría las calles y las tabernas buscando al marido y si no lo encontraba, acudía a la igle-

sia buscando la paz para la familia, que a veces era un infierno. El propio Ludwig también solía buscar a su padre en las comisarías donde frecuentemente era detenido por alcoholico, situación que compartía con Pfeiffer, sin embargo Ludwig nunca criticó a su padre a pesar de los castigos que le administraba.

Uno de sus maestros escribe: «*Toca el clavicordio con mucho fuego y energía ...Este joven genio merece protección porque ha de madurar. Es seguro que ha de llegar a ser un segundo Mozart si continua como ha empezado*». A los 11 años fue nombrado músico de la Corte Electora de Colonia apadrinado por el elector Maximilian Federico, quien se ocupó de sus primeros estudios.

Esta infancia tan dura lo convirtió en una persona de carácter difícil e hizo de Ludwig un niño meditabundo, solitario y encerrado en sí mismo. Con frecuencia, al ser preguntado por su actitud, respondía: «*Estoy ocupado con un pensamiento muy bonito y no quiero ser molestado*».

Después de conocer a conocidos músicos de la época, logró encontrar un buen maestro: Neefe, quien intuyó las posibilidades del joven y al mismo tiempo que le daba una óptima instrucción musical, se preocupó de su difícil formación espiritual y le infundió el gusto por las lecturas clásicas. El afecto de Neefe se conoció al publicar éste un elogioso artículo aparecido en *Magazin der Musik* en 1783; a esta comunicación pública Beethoven le contestó con agradecimiento.

En 1784 obtuvo el cargo de segundo organista de la corte interpretando además la viola en la orquesta del elector; cobraba 50 escudos anuales con los que tenía que mantener a la familia y tal vez faltara tiempo para ir a la escuela aunque le atraía poco el aprendizaje; como lo vio Funck: «*Lo que sorprende en Louis, y puedo atestiguarlo, es que no aprendió absolutamente nada en la escuela*».

Thayler escribió: «*De todos los que fueron sus condiscípulos y que después lo recordaron, ni uno solo lo evoca como compañero de juegos, ninguno relata anécdotas en las que él aparezca participando en juegos o retoce en las colinas, o protagonice aventuras en el Rinn y sus orillas*».

Con 17 años (1787) el joven músico realizó un primer y breve viaje a Viena, donde tocó ante Mozart, aunque algunos opinan que éste ocupaba una habitación anexa, incluso otros creen que no le conoció y otros indican que tuvo palabras de encomio hacia Beethoven.

Continuó sus estudios con el gran maestro Franz Joseph Haydn, con quien discutió en varias ocasiones y decidió continuar con Johann Baptist Schenk Albrechtsberger y Salieri.

Tal vez al principio de su segunda década, Ludwig y su padre fueran cambiando en su relación, posiblemente debido al éxito del chico.

Su madre empeoró y Ludwig volvió a casa, y poco después murió de tisis. Fue un aciago acontecimiento que influyó en su ánimo de forma especial y determinante provocándole una gran desazón: *«Era tan buena conmigo, tan digna de ser amada, mi mejor amiga, ¡Oh, quien más feliz que yo cuando podía pronunciar el dulce nombre, y ella podría escucharme»*.

Tras la muerte de Marie regresó de Viena, y jubilado su padre (1789) Beethoven asumió prácticamente la responsabilidad de cabeza de familia. Para ello tocaba la viola en el teatro de la corte y de esta suerte pudo familiarizarse con el repertorio contemporáneo de ópera; creando algunas composiciones que fueron alabadas por Haydn.

Al perder a su madre se sintió sólo por lo que su estado emocional le obligó a refugiarse junto a la familia Browning. Era una vivienda donde la cultura musical, tal vez como en otras familias del mismo estatus social, se tenía como obligación, deleite, disfrute y entretenimiento la música en los salones.

Cuatro años después, con 21 años, cuentan una anécdota, una broma respecto a su timidez sexual, broma sufrida y provocada por los miembros más jóvenes de la orquesta a la que pertenecía; parece ser que mientras cenaban en un restaurante, varios compañeros persuadieron a la camarera a que *«...desplegase sus encantos ante Beethoven, pero el músico ante sus ofertas y devaneos, perdió la paciencia y acabó con sus importunidades retorciéndole la oreja»*, una actitud inconformista o por timidez donde asomó su malhumor.

Franz Ries, gran amigo de la familia de Beethoven, que les acompañó tras la muerte de la madre, decidió que su hijo Ferdinand Ries fuese alumno de Beethoven.

Con el conde Waldstein en 1788 en Viena, da un paso decisivo, pues era una ciudad centro de una intensa vida artística y teatral, lugar en el que fue auxiliado por algunos amigos y mecenas locales. Tal vez estos años fueran los únicos felices de su vida.

En 1790-92 al tiempo que se obligaba como músico seguía atendiendo las necesidades familiares (nunca pudo ahorrar). Tanta actividad y tanta calamidad a una edad tan joven, la mala influencia que tuvo de su padre, la pérdida de su madre, el alcoholismo de su abuelo, etc., podría, como se ha comentado, haber influido en el carácter callado, tímido, retraído y taciturno, ansioso y depresivo, aunque en el fondo

de su espíritu se destacaba un carácter indomable y enérgico, una actitud por la que pudo superar su desdichas infantiles y adolescentes.

Pero a los 27 años se iniciarían los primeros síntomas de sordera, y a los 32 años (1802) hizo el famoso Testamento:

### **A mis hermanos Karl y Johann**

Si se analiza el contenido se observan expresiones desesperadas unas y enternecedoras otras, donde se aflige de tal manera que insiste en varias ocasiones el posible suicidio; es decir una actitud trágica, pues se aprecia un estado de soledad, abatimiento y desánimo, pero logra superarse y cambiar a otro de soberbia: «*Cogeré el destino por la garganta, no podrá doblegarme por completo.*» «*Vivo del todo mi música.*». En otros párrafos las expresiones son virtuosas y bondadosas: En la escritura se aprecia un cambio brusco en su mentalidad, tal vez porque no oye bien aunque no necesita el claro sonido para crear sus obras. Es como una lucha consigo mismo y sobresale una vez más de su estado azaroso mostrando su innata genialidad.

En definitiva, sorprende que la carta testamentaria se muestre como una confesión de sufrimiento, y se aprecia una desgracia más o menos asumida; tal vez por los descalabros amorosos, la patología que se implica y recuerdos de angustia, fueran en realidad el centro del contenido epistolar. A ello se une el conflicto entre los hermanos, el matrimonio de Kaspar en 1806 que le originó un distanciamiento parcial, y de igual manera con sus editores.

### **Discordias con su sobrino**

En todos los relatos se cuenta cómo Kaspar Karl, casó con Johanna Reiss, una boda que disgustó a Beethoven como se ve en uno de los Cuaderno de Conversación de 1823: «*El matrimonio de mi hermano reflejó tanto su inmoralidad como su locura.*». Acusa a Johanna de inmoralidad ya que estaba embarazada antes de la boda, de este hecho su hijo Karl nacería el 4 de septiembre de 1806 pocos meses después del casamiento. No sabemos si Ludwig lo intuía, el caso es que el matrimonio no fue como se esperaba, pues Kaspar bebía (desconozco la causa exacta de este hábito, aunque lo puedo sospechar), golpeaba tanto a su hijo como a su esposa (la historia de su padre se repetía en su hermano). Hay un relato en el que en una ocasión agredió a su esposa: «*le atravesó la mano con un cuchillo de mesa, pues cuando era anciana aún tenía la cicatriz.*», ¿conocía Kaspar algo que le importu-

naba?, ¿habían celos? ¿era casquivana y frívola? ¿La conocía a fondo Ludwig?

Nueve años después, el 14 de noviembre de 1815, Kaspar estando muy enfermo dictó su testamento: «*Junto a mi esposa, designo cotutor a mi hermano Ludwig van Beethoven*»; pero a Beethoven no le gustó la decisión y obligó a su hermano a modificar la frase de modo que dijera: «*Designo tutor a mi hermano Ludwig van Beethoven*». Descripción por la que deseaba excluir a la madre de la tutoría conjunta. Esta modificación disgustó a Kaspar y redactó un codicilo: «*Habiendo sabido que mi hermano, Herr Ludwig van Beethoven, desea hacerse cargo exclusivamente de mi hijo Karl después de mi muerte, y apartarlo del todo de la supervisión y la educación de su madre, y en vista de que no existe la mejor armonía entre mi hermano y mi esposa, he considerado necesario agregar a mi testamento que de ningún modo deseo que mi hijo sea apartado de su madre,... a cuyo fin la tutoría será ejercida tanto por ella como por mi hermano*». Kaspar murió al día siguiente (15 de noviembre). Desde la muerte de su hermano Beethoven inició un contencioso para obtener el derecho exclusivo a la tutoría de Karl, lo cual constituyó una gran batalla judicial entre madre y tío que duró años.

Beethoven llegó a decir respecto a su cuñada: «*Anoche esa Reina de la Noche estuvo en el Baile de los Artistas hasta las tres de la madrugada, exponiendo no sólo su desnudez mental sino también la física –se murmuraba que ella estaba dispuesta a venderse por 20 gulden–. ¡Horrible!*». Por la actitud de su cuñada decidió internar a Karl en una institución a cargo de Giannatasio (director de la escuela). Pero Ludwig no era rencoroso cambiaba su sentimiento con frecuencia y a principios de 1816 exculpó a su cuñada: «*¡Oh, Dios, hice mi parte! Habría sido posible sin ofender a la viuda, pero no fue así. Solo Tú, Dios Todopoderoso puedes penetrar en mi corazón y sabes que he sacrificado lo mejor de mí mismo por el bien de mi querido Karl...*». El propio Giannatasio aseguraba que Beethoven se arrepentía: «*¡Qué dirá la gente, creará que soy un tirano!*».

El cambio de actitud tan frecuente, puede hacernos pensar tal vez en una ciclotimia. Pero un año después, en 1817, por ciertas alteraciones en la conducta de su sobrino en el instituto, Beethoven autorizó a Giannatasio a castigar a Karl por mala conducta: «*para imponer la obediencia más rigurosa*».

Beethoven al comprobar que Johanna se disfrazaba de hombre y se acercaba al campo de juegos de la escuela para ver a su hijo durante los ejercicios de gimnasia, decidió retirar a Karl del Instituto (enero 1818), lo instaló en un hogar con nueva ama de llaves, criada y un tutor, pero

Karl se reunía en secreto con su madre y el compositor consideró estas prácticas «*una horrible traición*». En junio el músico ganó la querrela contra su cuñada.

El compositor alemán Zelter escribió a Goethe en 1819: «*Algunos dicen que es un lunático*». No era para menos pues en noviembre de ese año, sabe que Johanna tiene unas «*relaciones íntimas con un amante*» (Johann von Hofbauer) de las que quedó embarazada en la primavera de 1820. En junio Blóchlinger anotó en el Cuaderno de Conversación: «*Me parece últimamente que Frau Beethoven puede estar esperando familia*». Al conocer la noticia su hijo Karl se sintió humillado y escribió a su tío: «*Me prometió tantas cosas que no pude resistir; lamento haberme mostrado entonces tan débil, y ruego tu perdón*». Más avanzado el año, Johanna dio a luz a su hija a quien dio el nombre de Ludovica (nombre femenino de Ludwig, ¡qué casualidad!).

Beethoven, con edad ya avanzada, al serenarse, una vez más, comprendió que no tenía más remedio que reconciliarse con Johanna por lo que en 1822, tras hacerse cargo de la deuda de Johanna, informó a su hermano Klaus: «*Deseo hacer todo lo que pueda por ella, mientras no perjudique los intereses de Karl*». Además Johanna estaba enferma y no podía pagar sus medicinas, a lo que se oponía Karl ya que no deseaba que su tío se aproximara a ella, pues se distanció de su madre tras el nacimiento de su hermanastra.

El precario estado de salud y la sospecha de que se acercaba la muerte, incrementaron su deterioro físico y terror emocional, al tiempo que se ponía irascible con Karl. Éste escribió a su tío amenazando adoptar una medida drástica (Cooper cree que el suicidio). Esta actitud obligó a Beethoven a contestarle: «*¡Mi buen amado hijo! Basta, nada más ven a mis brazos, no dirás una sola palabra dura. Por Dios, no te entregues al sufrimiento... Te doy mi palabra de honor en el sentido de que no escucharás reproches, puesto que de todos modos ya de nada servirán... Si no vienes, sin duda me matarás*».

Hacia el invierno de 1825-26, Karl alternaba estados depresivos con el retos y bravatas, sobre todo cuando Beethoven le obligó a vivir con él. Situación que le llevó a Karl a responderle: «*Pero es el último año de mi educación; después no necesitaremos volver a separarnos*». Los intentos de razonar con Beethoven eran inútiles, a quien llamaba «*viejo loco*», pues envejecía dominado por unas fuerzas que no podía controlar; tanto es así que en el verano (1826) Karl, en una discusión, golpeó a su tío y huyó de la casa aterrizado por su actitud.

Se estaba preparando una posible *tragedia*: Holz había descubierto y confiscado una pistola cargada en el cuarto de Karl por lo que acon-



sejaba a Beethoven: *«Muéstrese benigno con él o se entregará a la desesperación»*.

Cuando Holz se encontró con Karl, éste le dijo: *«¿De qué le servirá apresarme? Si no escapo hoy, lo haré otra vez»*. Y lo hizo, huyó de Holz, empuñó su reloj, compró dos pistolas más y el 30 de julio fue a Baden después de escribir unas notas de suicidio a Beethoven y a Niemetz, subió a la cima de una montaña y se disparó un tiro, pero erró el propósito ya que solo le rozó en cuero cabelludo, después fue llevado a la casa de su madre donde fue descubierto por la policía y trasladado al Hospital donde permaneció 8 días.

Esta situación vivida por el compositor junto a su sobrino le provocó un gran abatimiento, se culpaba él por ser tan autoritario. Hecho que comunicó a Holz: *«todas mis esperanzas de tener cerca de mí a alguien que se me pareciese por lo menos en mis mejores cualidades»*.

Los amigos aconsejaban a Beethoven que renunciara a la tutoría y que permitiera el ingreso de Karl en el ejército. Holtz escribió: *«Cuando esté allí, se encontrará sometido a la disciplina más rigurosa»*.

Breuning, de igual manera: *«La vida militar será la mejor disciplina para un joven que no puede soportar la libertad; y le enseñará a vivir con poco»*. Y fue un acierto pues Karl prefería ahora el servicio militar: *«si es posible satisfacer deseo acerca de una carrera militar, me sentiré muy feliz»*.

La situación familiar, su comportamiento, la incompreensión de los componentes próximos, la anarquía económica, el posible exceso de autoridad del compositor, hicieron un daño irreparable en su personalidad que incrementó su «especial» temperamento.

Con el tiempo la relación con el sobrino cambió, sobre todo en el último año de su vida.

### **Tragedia amorosa**

Sus biografías ocupan grandes espacios literarios acerca de su vida amorosa un tanto singular. Desde su adolescencia conoció a muchas mujeres, algunas de ellas muy jóvenes a las que les propuso matrimonio pero siempre recibió negativas al respecto. Cuando cumple los 20 años conoce a Leonora Breuning la que ama en silencio; mujer bella que luego casaría con su gran amigo Wegeler, pero su primer amor fue Jeannette d'Honrath, como refiere el propio Wegeler, mujer que casó con el general austriaco Karl von Greth.

Hay un tema emotivo como el que entraña su obra «Claro de Luna», que en la historia romántica de Beethoven ofrece dos aspectos, uno mas verosímil que el otro, aunque el segundo lo reflejo por su fondo poético.

En 1801, con 31 años y sordo, conoció a Giulietta Guicciardi de 17 años, personaje que inmortalizó dedicándole la Sonata para piano N.º 14 en Do sostenido menor «Quasi una fantasía» y más tarde llamada Claro de luna (Moonlight Sonata). La joven Giulietta fue confiada a Ludwig para su educación musical y se enamoró platónicamente, amor que no fue consentido y rechazado por la familia; actitud que atribuía a su sordera progresiva, y así le escribió a Wegeler: *«Ahora vivo más feliz. No podrás nunca figurarte la vida tan sola y triste que he pasado en estos últimos años... Este cambio es obra de una cariñosa, de una mágica niña que me quiere y a quien yo amo..., pero desgraciadamente ella no es de posición y no puedo pensar en casarme»*. El proceso de matrimonio fracasó (casó con el conde Gailenberg), un hecho que le provocó gran pena a Beethoven. Un suspiro de tristeza que comunicó al amigo: *«Ciertamente no podría casarme. Para mí no hay placer mayor que practicar y ejercer mi arte»*.

La otra versión fue una bella historia descrita por otros autores, y la describen como un paraje idílico donde, según parece, una tarde Ludwig van Beethoven y un amigo caminaban por un suburbio de la ciudad de Bonn y oyeron unos compases musicales que procedían de una pequeña casa próxima que atrajeron a ambos. Según relato, Beethoven cruzó la calle e irreflexivamente entró en la casa bruscamente donde encontró a un joven, al parecer zapatero, y sentada ante un desvencijado piano había una jovencita de unos 16 o 17 años.

Beethoven se dio cuenta que la jovencita era ciega, hecho que le conmovió y le preguntó dónde había aprendido a tocar, ella ingenua respondió cándidamente, que una mujer le enseñó música y sobre todo obras de Beethoven que practicó de oído. Beethoven se sentó al lado de la niña y comenzó a tocar; de inmediato la joven reconoció la música y con lágrimas en los ojos le preguntó si era posible que fuera el gran maestro en persona, a lo que Beethoven contestó: *«Sí, tocare para ti»*. *«Improvisaré una sonata a la luz de la luna»*. La ventana dejaba pasar una límpida luz de luna que inundaba la estancia y comenzó a tocar un lento y majestuoso movimiento que conmovió a la joven; obra que posteriormente se convertiría en la Sonata a la luz de la luna. *«Daría cualquier cosa por ver la luz de la luna»*, diría la joven al escuchar atentamente. Beethoven debió pensar que él podía ver y componer aquella música, armonía que parecía elevarse al cielo estrellado y

plateado por la luz la luna. Ludwig parecía preguntarse por las razones de las desgracias, y con esta sonata intentaba que la niña pudiera «ver» en su interior la luz de la luna.

Y todo esto gracias a esa joven mujer ciega que le inspiró el deseo de trasladar a notas musicales su inspiración. No deja de ser atractiva la historia fuese o no verídica.

Si seguimos en su historial amoroso, tanto de Giulietta Guicciardi, como de las hermanas Josephine y Therese de Brunswick al parecer fueron amadas por Beethoven sobre todo de Therese, aunque se discute si ese amor se quedó o no en lo «puramente platónico». En este caso volvía a influir la diferencia del estatus social entre el músico y las jóvenes. Al amor por Therese compuso (1806) la cuarta sinfonía, pero hay autores que rechazan el hecho.

Hay una pomposa carta a Josephine: «*Oh, bienamada Josephine, lo que me atrae hacia usted no es el deseo del sexo contrario, no es sólo usted, su ser mismo, con todas sus cualidades individuales eso es lo que atrae mi mirada*». «*La amo inexpresablemente como una mente devota ama a otra*». Se trata de un amor que esperaba compartir y nunca lo obtuvo.

Cuatro años después se enamora de Therese Malfatti con la que pensó contraer matrimonio según consta en una carta del 2 de mayo de 1810, donde solicita al Dr. Wegeler unos documentos personales para ese fin. Realizó la petición al padre de Therese a través de su amigo Gleichenstein, pero recibió como contestación una observación del tío de la propia interesada: «*Beethoven es un hombre muy torpe de entendimiento, aunque puede ser el más grande de los genios*». Ludwig se encierra en su sordera y tristeza.

También su alumna Marie Anna von Westerhol; Bárbara hija e Koch; Magdalena Willmann, fueron mujeres, algunas alumnas, de las que se enamoró en prudencia nuestro Ludwig; y ante la adversidad y desengaños se siente en la necesidad de seguir componiendo melodías penosas y tristes: «*...¡Oh Dios, Dios mío, apiádate de tu pobre Beethoven, no le prolongues la vida*». Lamento que Ludwig deja escapar ante la imposibilidad de amar a una mujer. Otras cartas las dirige a Bettina Brentano pero ella casará pronto. De una tras otra no obtiene respuesta a su amor, pues nunca fue correspondido, aunque algunos fueran simples galanteos. Parece que hubo otra en la vida de Ludwig; Marie Erdödy, su patrona, pero no se conoce que tuviera relaciones íntimas con el compositor; o como Marie Bigot y la bella cantante Amelia Seibald que se casaría con un consejero de Estado, etc.

Hay una carta que ha pasado a la historia como la más bella y apasionada de nuestro hombre: LA AMADA INMORTAL, una carta de excepción en la que muestra su más íntimo amor. Un escrito en el que queda en el anonimato el nombre de la amada, ya que en ningún momento la nombra, pero que debió conocerla dos años antes de ser escrita. Carta descubierta tras su muerte.

Hagamos un supuesto, como hace Solomon. En 1812, el 28 o 29 de junio, Beethoven salió de Viena en la diligencia correo que le llevaría a Teplitz; inició la primera parte de su viaje que fue muy lluvioso, lo hacía porque con urgencia quería acudir a una cita (circunstancias que solo intuimos).

Hubo un momento en que escampó pero luego volvería a llover intensamente durante dos días. Para abreviar el viaje evitaron el camino habitual y se adentraron por otro montañoso. Este dato aventurado trata de explicarlo Beethoven a la Amada Inmortal: *«En la penúltima posta, es decir, en Laun me advirtieron que no viajase de noche. Intentaron atemorizarme con la perspectiva del bosque es decir el extenso bosque que había entre Laun y otra ciudad, la diligencia se atascó en el medio camino».*

Al fin llegó a Teplitz a las cuatro de la madrugada del 5 de julio (otros creen que sería el 6 o 7) y terminó la carta con la idea de que saliese esa mañana: *«Ángel mío,..., debo concluir aquí mismo, porque así podrás recibir inmediatamente la carta»*, pero el correo había partido y no pudo enviarla. Vuelve y continúa: *«Sólo ahora me entero de que es necesario despachar las cartas muy temprano por la mañana, los lunes y los jueves los únicos días en que la diligencia correo sale de aquí para K» ...«Lloro cuando pienso que probablemente no recibirás hasta el sábado la primera noticia de mí».* Beethoven, por lógica, sabía que «K» estaba a dos días o menos de Teplitz. Hay referencias postales que llevan a la conclusión de que «K» podría ser Karlsbad.

En la primera parte de la carta trata de reconfortar a la amada (tal vez estaba entristecido por la ausencia), pero en la redacción evita el posible compromiso que, al parecer, ella buscaba. *«...Continúa amándome, pero acepta la necesidad de nuestra separación. Acaso puedes modificar el hecho de que no eres totalmente mía y yo no soy totalmente tuyo»...* *«Pero tú olvidas fácilmente que debo vivir para mí y para ti».* *«Mi ángel, mi todo, mi yo mismo».* *«El amor lo exige todo...».* *«Mi tristeza no puede cambiar el hecho de que no seas completamente mía»...*. Parece un amor imposible o que guarda dudas de permanencia. Lo que se sabe es que no debió haber respuesta ya que nunca

fue leída. Tenía mala suerte o sólo se trataba de amores platónicos que abandonaba o le abandonaban.

Según el musicólogo Maynard Solomon, esta carta dirigida a su «Amada Inmortal», debió ser Antonie Brentano (von Birkenstock), esposa de un mercader de Frankfurt y madre de cuatro hijos. Tal vez fuese su «bienamada», como llamaba en sus cartas. No hay certeza pero Beethoven tal vez tuviese miedo a una relación continuada al matrimonio, el caso es que fracasó una vez más. Antoine Brentano abandonaría Viena mucho tiempo después y murió en 1869, con ochenta y nueve años.

Sigue Solomón: ¿Es un testamento el mensaje de despedida de un suicida, una petición de ayuda o una simple meditación privada? El caso es que se trata de una epístola que nunca llegó a su destino y por tanto no la conoció su destinataria.

Otras que podrían haber sido fue Therese; pero fue descartada ya que ella por esa fecha estaba en Transilvania. Y no podemos olvidar a otra mujer como posible Amada: Johanna Reiss (van Beethoven) su cuñada, y hace pensar en su hija Ludovica. ¿tuvo algo que ver Beethoven? ¿y Karl, al que llama hijo mío? ¿es una forma de hablar? ¿era pasión lo que sentía?

Pero aquí habría que hacer un paréntesis tal vez interesante, pues según hay relatos los tres hermanos van Beethoven, al parecer, tenían una tara genética que les impedía tener hijos, por tanto Karl podría haber sido fruto de alguno de los amantes de Johanna.

La relación amorosa nunca cristalizaba, siempre amaba mujeres ligadas a otro. Otros escritores creen que podría haber otras mujeres como Bettina Brentano, poetisa de 20 años a la que Ludwig conoció en 1810 y que presentó a Goethe en Toplitz (parece que ambos estuvieron enamorados de ella).

Conde John Franz en su importante trabajo comentó: «*Su vida sentimental fue un misterio indescifrable. Para él, el amor no era voz ni palabra sino una melodía y el confidente de todas las horas fue el piano al cual él la confió sus penas y sus alegrías confidente de todas las horas...*». También fue su único tratamiento.

Por su exigente actitud tal vez ninguna mujer fue la perfecta en sus pensamientos, posiblemente creía que acudían obsequiosas a sus conciertos o citas de música pero prescindían de él a continuación. Esto, tal vez, le hicieron componer obras cuyo fondo era una especie de venganza. Otros opina que ve a las mujeres como amantes de otros hombres sabiendo que él es superior; pero su conciencia, en el fondo

trágico de Ludwig, entiende que son mujeres que aman a sus hijos, hijos que a él le hubiera gustado que fuesen suyos. Se sabe que en una ocasión cuando murió un niño, a la madre le habla y consuela con música de composición tierna, sentida y maternal.

## **Tragedia política**

### **Aspecto, carácter y talante sociopolítico**

Suelen definir su aspecto con opiniones muy parecidas: *«...tenía corta estatura, la cabeza grande y ancha, los cabellos negros (el español) y erizados (canosos), enmarcando un rostro rubicundo y picado de viruelas, la frente ancha, delimitada por espesas cejas, la boca pequeña y formada delicadamente, los dientes blancos, que generalmente se frotaba con una servilleta o un pañuelo. El mentón ancho y dividido por una profunda hendidura. El cuerpo era robusto, con las espaldas anchas (hay quien admiraba su musculatura “ciclópea”), las manos fuertes cubiertas de vello, y los dedos cortos y gruesos... Carecía completamente de gracia física: sus movimientos eran torpes y desmañados y a cada momento volcaba y rompía cosas y tendía a derramar la tinta sobre el piano...».*

El pintor Klober, cuando el músico ya estaba en la cima de su obra, dijo: *«siempre tenía un aspecto grave, sus ojos, sumamente vivos, solían aparecer soñadores a causa de la mirada un poco triste, forzada y dirigida hacia lo alto. Sus labios aparecían cerrados, pero el pliegue que lo enmarcaba no era huraño. Sus pupilas tenía un color gris azulado y una gran vivacidad. Cuando su cabellera se agitaba tumultuosamente adquiría un aspecto demoníaco».*

Vestía de forma indolente con el sombrero torcido aunque su cabeza permanecía erguida.

Hay quienes opinabas que tenía un carácter irritable, y pasaba del mejor humor a la ira en pocos segundos; de reír placentemente podía caer en el silencio sombrío o bien se enfurecía con expresión de rostro enrojecido al tiempo que se le erizaba el cabello como una melena que daba la impresión de cabeza leonina.

Alguno de sus biógrafos más cercanos, supo estudiarlo bajo el punto de la genialidad de Ludwig: *«Leía sus composiciones como en un libro, sin servirse de su audición, por asociación inmediata entre las notas musicales y sin ningún intermediario material analizaba las modalidades, efectos y sonidos de la pieza sinfónica... coordinaba sus*

*pensamientos melódicos por asociaciones sensopsíquicas... poseía una profunda memoria auditiva».*

Él mismo definía: *«Me parece imposible salir de este mundo sin haber dado todo lo que he sentido germinar en mí». «Pobre Beethoven» «para ti no hay felicidad, para ti la única felicidad está en tu arte». «¡El arte, el arte sólo me ha salvado!»*, comentaba con frecuencia.

Sumido en este ambiente multiplicaba su trabajo, despertaba al amanecer, desayunaba y se dirigía directamente a su escritorio, luego un paseo hasta mediodía; después de comer hacía otro paseo, luego iba a la taberna favorita, donde departía con amigos y leía los diarios. Se retiraba temprano y en su caso escribía hasta que se agotaba.

El mismo músico mira en su interior y escribe a un amigo de la infancia: *«Sería feliz, quizás uno de los hombres más felices del mundo, si el diablo no hubiese venido a buscar morada en mi oído... el hombre no debe quitarse la vida voluntariamente mientras le quede una esperanza de poder realizar aún una buena acción».*

Personalmente me he permitido opinar no de su aspecto físico, detalles que se han descrito, quiero referirme a sus ojos que he observado en gran cantidad de dibujos y retratos. En ellos parece como si se asomaran sus sentimientos más íntimos junto a un aspecto de una interrogante o inquisitiva mirada altiva y arrogante. Me parece ver que reta al que le observa y subestima al que osa estudiarlo; incluso ofrece cierto grado de soberbia impertinente que junto al fruncimiento labial, da una idea de personaje cargado de inmodestia, autosuficiencia y orgullo; o quizá quería aparentar con su ceño lo que se creía (o lo era) una divinidad.

Otro aspecto de su personalidad hay que buscarlo en sus ideas y sentimientos políticos los cuales aplicaba a su música; ideas sobre la vida, el destino, el coraje, el desafío y la libertad. Tal vez porque le tocó vivir los asedios de la guerra de países republicanos de complicada evolución política, de convulsión social y cultural que rodeaban a Austria; posiblemente naciera junto a algunos amigos, su actitud revolucionaria, pero creativa; aunque con los años se transformó en un liberal que defendió la Restauración haciéndose amigo o comprensivo con otros países como los ingleses.

El origen de sus ideas podrían buscarse en Francia (fraternidad, libertad e igualdad), ideas a las que creía fundamentales como principios esenciales, que se los aplicaba con decidida convicción y no cedía ante nadie y menos ante la nobleza.

Al militar republicano Napoleón al principio, dedicó la Tercera Sinfonía: «Heroica», pero el cambio que realizó en su régimen con el que creía que implantaría una república con los valores que preconizaba, y no llegó a implantarlos, se sintió traicionado cuando se convirtió en un dictador que se proclamó emperador de Francia. Su carácter cuando le comentaban los éxitos de Napoleón, afirmaba que lo habría superado de haberse dedicado a la carrera militar, una actitud soberbia que mostraba su intransigencia.

Fue un revolucionario con un estilo peculiar pues no renunció a su fe durante las posturas iluminarias y humanitarias, más bien un radical moderado sin olvidar que había cierta tensión entre la obediencia y la rebelión (Solomon). «*La nobleza está aquí, aquí*», decía mientras señalaba la cabeza y el corazón.

Esa forma singular de pensamiento le obligaba a criticar el poder político sobre todo el austriaco, como dijo Schindler: «*En ellos se encontraban los ataques más groseros y desenfrenados contra el emperador y también contra otras altas personalidades de la casa imperial. Se trataba, por desgracia, de un tema en el que Beethoven se complacía*». Ludwig replicaba de forma iracunda: «*Tendrían que colgar a ese canalla del primer árbol que se encuentre*». Mensaje contra el emperador.

Beethoven politizó la música incluso pretendía que fuese un arma contra la tiranía; sus composiciones contenían una gran profundidad, creatividad y cierta tensión psicológica; mostraba en su música, su música de liberación, un concepto distinto de aquella que se ofrecía en la Corte, salones de la nobleza y en los escenarios. Muestra su carácter innovador en la «Pastoral» (1807 y 1808) donde se plasma su predilección por la naturaleza: «*Prefiero un árbol a un hombre*». «*Nadie podría amar el campo como yo (...). En este entorno la sordera deja de incomodarme. En el campo cada árbol parece querer hablarme, parece decir ¡Bendito! ¡Bendito...*». Era evidente su amor por la naturaleza incluso abandonaba su producción musical para ir al campo.

Por esta época Segfried descubrió la moral de Ludwig: «*La rectitud de los principios, la elevada moral, la propiedad de los sentimientos y la religión natural eran sus características. Estas virtudes anidaron en él y Beethoven las exigía a otros. Es un hombre de palabra, era su dicho favorito y nada le irritaba tanto como una promesa quebrantada*».

Se conoce que Goethe y Beethoven coincidieron en 1812 en el Balneario de Teplitz, balneario con aguas termales, y también lo disfrutaban la nobleza y la familia imperial.



Como anécdota diría que paseando Goethe y Beethoven en coche de caballo, la calle ocupada por multitud de personas, que saludaban a los grandes hombres. –Es molesto ser tan conocido y célebre –dijo Goethe al músico– ahora me saluda todo el mundo, –no les haga caso, contestó Beethoven–; tal vez me saludan a mí.

Otra anécdota conocida como «El incidente de Teplitz», es que también de paseo, aunque a pie, ambos se encontraron con la familia imperial austríaca. *«Goethe se apartó bruscamente de su acompañante al que dejó con la palabra en la boca, y se cuadró casi como un militar para saludarlos. Beethoven por el contrario, se encasquetó el sombrero todo lo que pudo, se ajustó el abrigo y cruzó sus manos a la espalda y siguió andando en línea recta por la avenida. Los príncipes no tuvieron otro remedio que apartarse para dejar paso al músico, el archiduque Rodolfo se quitó el sombrero, la emperatriz incluso esbozó una sonrisa y luego continuaron su paseo. Cuando Beethoven volvió la vista atrás, vio como Goethe se inclinaba ante la familia imperial y balanceaba su sombrero ante ellos».*

Al reunirse de nuevo Beethoven recriminó a Goethe: *«¿Por qué has dejado el camino a estos hombres? Ellos no son nada. Morirán conmigo mismos. Nosotros viviremos siempre. Los nombres de Goethe y Beethoven los repetirán muchas generaciones venideras».*

No se conoce con exactitud su religiosidad, al menos en la de los 40-45 años; sin embargo, a veces, comentaba a sus amistades que: *«Sócrates y Jesús fueron mis maestros».*

Su historia obliga a pensar que sobresalía la vanidad y presunción, que deseaba pertenecer a la clase noble; incluso dejaba correr algunos comentarios y afirmaciones en las que se interpretaba que era hijo ilegítimo del rey Federico Guillermo de Prusia. Algunos amigos le aconsejaban que aclarase estos bulos: *«Es necesario corregir tales cosas, porque usted no necesita pedir prestada su gloria al rey... más bien a la inversa».* *«Se ha escrito que usted es bastardo de Federico el Grande ...debemos publicar un anuncio en la Allgemeine Zeitung».* Pasaron algunos años (1825) cuando el propio Wegeler le escribió: *«¿Porqué usted no venga el honor de su madre cuando en el Konversations –Lexicon, y en Francia se afirma que usted es hijo del amor? ...Sólo su natural renuencia a ocuparse de todo lo que no sea música es la causa de esta culpable indiferencia. Si lo desea, explicaré al mundo la verdad acerca de ese asunto. Por lo menos en esto usted debe responderme».* Pero Beethoven dejó pasar el tiempo y un año más tarde, cuando volvió a sentirse mal, replicó a Wegeler: *«Usted dice que por ahí mencionan que soy hijo natural del finado rey de Prusia. Bien, lo*

*mismo me dijeron hace mucho tiempo. Pero he adoptado el principio de abstenerme de escribir nada acerca de mí mismo o de replicar a nada de lo que se ha escrito acerca de mí. Por lo tanto, de buena gana dejo a su cargo la tarea de informar al mundo acerca de la integridad de mis padres, especialmente de mi madre».* Esta carta la olvidó o no quiso enviarla. Pasado el tiempo Wegeler insistió de nuevo y Beethoven replicó el 17 de febrero de 1827: *«Pero en efecto, me sorprendió leer en su última carta que aún no había recibido nada. Gracias a la carta que ahora usted recibe verá que le escribí hace mucho tiempo, el 10 de diciembre del año pasado. Esa carta permaneció aquí hasta hoy...».* Sigue la dudosa actitud del maestro. ¿Seguía sin querer enviarla? ¿Era superior la egolatría?

En otro aspecto de su vida, sabemos que el compositor acudía a la taberna y se reunía con algunos amigos, intelectuales, profesores y radicales, pero no solía trasnochar, se sentaba alegre entre sus conocidos con los que departía, pero no se atrevían a importunarlo. Filosofaba sin reflexionar ni meditar sus comentarios. Su carácter le hacía intimar sólo con algunos inseparables con los que se mostraba ocurrente y despierto, hablador, sin sarcasmo pero con agudeza, y cuando bebía se hacía locuaz, pero si había temas obscenos dejaba de tomar parte en la conversación.

En su residencia escribía hasta que desaparecía la idea musical, aunque esas ideas las escribía en cualquier lugar: taberna, apoyado en la pared de una calle, en el campo: *«Siempre tengo un anotador... y cuando concibo una idea la escribo inmediatamente. Incluso me levanto en medio de la noche, porque de lo contrario podría olvidarla»*, dijo a Gerhard von Breuning.

En una ocasión escribe a la esposa de Wegeler, Leonora: *«¿Qué daría yo para poder arrancar de mi alma el modo de portarme entonces y lo que tanto me deshonra, tan opuesto a mi verdadero carácter?»*. Antes la amistad con el matrimonio se había distanciado.

Era dadivoso y no podía ver a nadie en la indigencia, no le importaba el dinero, *«sabe lo que necesita pero no lo que reparte. Podría ser rico»*, dijo alguien. Pasa el tiempo y a los 50 años está hundido, admira a aquellos amigos que tienen hijos, y recuerda su situación respecto a su sobrino; y reflexiona sobre sí mismo: *«Algo he de hacer... ¡Sí, trazaré mis planes y me haré libre de angustias acerca de Karl!»*. Pero mortificado por su sobrino que le desobedece, hecho que culpa a su madre, aún empeora su situación y su economía, incluso cuenta los granos de café que ha de usar. Sus ideas de ética le hacían no ambicionar rique-

zas y recoge una reflexión: *«Después de Dios, nada hay para mí tan alto como el honor»*.

Ya conocemos que con mediana edad sus problemas sensitivos le provocaban mortificaciones; situación que sufrió el sordo haciéndolo desconfiado al soportar los murmullos y cuchicheos que surgieron a su alrededor, que unido a su aspecto con gafas, su carácter y modo de vida imaginativa y tormentosa, hacían que su ánimo se agriara aún más.

El compositor cumplía años y empeoraba su salud. Rochlitz puntualizó: *«Ocupé un asiento desde el cual podía verlo, y como hablaba con voz bastante alta, también podía oír casi todo lo que decía... Me impresionó como un hombre dotado de un intelecto fecundo y agresivo, y de una imaginación ilimitada que jamás descansaba»* (estaba desorientado y fatigado).

Hay una referencia en la que se cuenta que lo arrestaron porque lo habían visto vagabundeando y espiando por las ventanas, reñía en las tabernas con los que le servían y a veces pagaba sin haber comido; por la calle mostraba gestos exagerados con voz estridente, desafinada y risas ruidosas, los chicos se burlaban de su aspecto regordete y recio, cabeza cubierta con un sombrero de copa, un largo abrigo oscuro y monóculo o impertinente, maneras y vestimenta que avergonzaban a su sobrino.

El propio Schindler comentó: *«Se encuentra en una situación delicada, está agotado física y psíquicamente. Una vez más huye y se encierra en su casa»: «Le oímos cantar, aullar, patalear, ensayando el Credo... abrió la puerta y le vimos con un aspecto que nos llenó de angustia... ¡Perros malditos! Todos los criados se han ido y desde ayer al mediodía no he probado bocado»*. Además de personalidad especial, con su déficit auditivo, hizo que su carácter se transformara y se hundiera que en un estado de desesperación y furia interior, de aislamiento obligado y de abandono. Iba decayendo su virtuosismo pianístico, aunque seguía manteniendo gran lucidez. Tal vez sus períodos de abatimiento se acercasen a una depresión real pero nunca lo suficientemente arraigada como para privarle de la creación musical que continuó hasta el final de su existencia.

Para Beethoven, la música significaba la mayor revelación y deseaba que la suya liberase de todo sufrimiento a quien la comprendiese. Su Novena sinfonía, con la Coral «Himno a la alegría» de su apoteósico final, es el *súmmum* de sus anhelos. Busca y descubre las conclusiones virtuosas; intentó eliminar en cierto modo las formas clásicas, dándole el más alto grado de fantasía y libertad; seguramente sin abandonar sus ideas de iluminismo y clasicismo haciendo una síntesis musical a la

que agregó una cualidad espiritual. Se sentía un ser superior en todos los aspectos, incluso en su actuación creía que el piano se le quedaba corto, pues tenía limitaciones para la música que él quería componer para él explicárselo a la humanidad.

### **Tragedia morbosa**

Sus problemas enfermizos comenzaron en la pubertad, aunque algunos refieren ciertos padecimientos en la infancia (supongo que podrían ser simples afecciones de la edad). Cuando supo expresar sus vicisitudes: «*Todo el tiempo he estado afectado por asma (tal vez bronquitis). Me preocupa que se convierta en tuberculosis (recordaba con temor la infección fatal de su madre); además está la melancolía, que es una calamidad tan grande para mí, como mi enfermedad*», comentó en la adolescencia a von Schaden en septiembre a los 17 años.

Poco antes de iniciarse la sordera, con 24 años (1794), comienza a presentar frecuentes dolores abdominales acompañados de episodios de diarrea y constipación; fueron dos años después cuando se inició la maldición trágica de los trastornos auditivos. Al principio percibía acúfenos (ruidos o murmullos de oído) que a veces le «enloquecían», por lo que precisaba cubrirse con tapones, luego la hipoacusia que fue estableciéndose de forma paulatina, se obligó a consultar a médicos y no médicos sin buenos resultados, hecho por el que comenzó a aborrecerlos.

Vivía por tanto una situación claramente cruel pero no se rindió ya que al año siguiente (25 años) sorprendió con la «Primera Sinfonía», obra donde aparece una alegoría alegre y jovial alternando la fe y esperanza, tristeza y depresión. Además compone sus famosos cuartetos para cuerdas y conciertos para piano, unas obras que llevaba en su cabeza a pesar de su déficit auditivo.

Ludwig se da cuenta que su oído se debilita claramente y cree que puede deberse a catarros y consulta a algunos médicos sin juicio clínico, que lo achacaron a desarreglos intestinales. Esta situación hizo que fuera tratado con todos los procedimientos terapéuticos de la época, desde píldoras a magnetismo, desde baños a aplicaciones con cáscaras de árbol en los brazos. Su optimismo le hace creer que hay esperanzas cuando oye un planísimo de violín.

Él mismo nos sorprende con sus tribulaciones cuando en julio de 1798 (28 años) refiere a su amigo Amenda sus síntomas: «*Mi audición en los últimos dos años es cada día más pobre; los ruidos en los oídos se hacen permanentes y ya en el teatro tengo que colocarme muy cerca de*

*la orquesta para entender el autor. Si estoy retirado no oigo los tonos altos de los instrumentos (perceptiva). A veces puedo entender los tonos graves de la conversación pero no entiendo las palabras. Mis oídos son un muro a través del cual no puedo entablar ninguna conversación con los hombres» (mala discriminación).*

A los 30 años (1800), a pesar de su minusvalía nunca disminuyó su talento musical aunque su estado emocional era variable; hecho que se repite el resto de su vida; posiblemente fuese la época en que empezó a beber en exceso, ¿para «olvidar» sus desgracia? Difícil de demostrar pero sí posiblemente de comprender.

Su fuerte espíritu de superación le hizo inclinarse hacia la lectura y contactar con los principales intelectuales de Viena, que hicieron de Beethoven un individuo relativamente culto, aunque su ortografía seguía pésima. En sus lecturas gustaba consultar las aventuras de los héroes de la Vidas de Plutarco, como las de otros que forjaron sus ideas revolucionarias.

En 1801 (31 años) habrá perdido el 60% de la capacidad auditiva y lo comunica a Wegeler donde denota su angustia: «...*Debes saber que mi facultad más alta, mi vida, se haya gradualmente deteriorada... qué triste es lo que me tocó, debo evitar todas las cosas que me son queridas ...Te suplico que mantengas un profundo secreto acerca del asunto de mi sordera, no lo confíes a nadie, no importa a quien...*». Parece que entre crisis y crisis había cierta pausa más confortadora. Una carta similar escribió el violinista Kart Amenda.

A Wegeler continuaba escribiéndole: «*Pero ese demonio celoso, mi perversa salud, ha introducido una fea vara en mi rueda, y la cosa viene a desembocar en que durante los últimos tres años mi oído está debilitándose más y más. Presumen que la molestia se origina en la condición de mi abdomen... pero la cosa ha empeorado en Viena, y me veo constantemente afectado por la diarrea y como consecuencia padezco una debilidad extraordinaria. Frank intentó fortalecer mi constitución con medicinas destinadas a vigorizarme y para el oído aceite de almendras, pero de poco me sirvió...; mi sordera empeoró todavía más y mi abdomen continuó igual que antes... a veces me entregaba a la desesperación. Entonces, un médico asnal me aconsejó que tomase baños fríos para mejorar mi condición. Pero un doctor más razonable aconsejó los acostumbrados baños tibios en el Danubio. El resultado fue milagroso y mis entrañas mejoraron. Pero la sordera persistió o, quizá deba decir que empeoró todavía más..., fui a ver a Vering pues comencé a pensar que mi situación exigía la atención de un cirujano..., consiguió controlar casi del todo esta violenta diarrea (él lo llamaba*

«enfermedad habitual») ...No recetó medicinas hasta hace unos cuatro días en que me ordenó tomar pildoras para el estómago y una infusión para el oído. Puedo decir que como resultado de todo esto me siento fuerte y mejor; pero mis oídos continúan zumbando y gimiendo el día y la noche... Durante casi dos años, he dejado de asistir a mis obligaciones sociales porque me parece imposible decir a la gente: estoy sordo... Y si mis enemigos, de los cuales tengo buen número, si se enterasen del asunto, ¿qué dirían? Para ofrecerle una idea de esta extraña sordera le diré que en el teatro tengo que sentarme muy cerca de la orquesta para comprender lo que el actor dice, y que a cierta distancia no puedo oír las notas altas de los instrumentos o las voces».

Se repite su desánimo: «...Consigo oír los sonidos, es cierto, pero no puedo distinguir las palabras (oía pero no entendía, había mala discriminación). Pero si alguien grita, tampoco lo oigo (le molestaban los ruidos y los gritos: algiacusia). También comentó a Wegeler: «Si me acerco a la gente, un intenso terror se apodera de mi ser, y temo verme expuesto al peligro de que se descubra mi condición». Sorprende la observación a Amenda: «Cuando ejecuto y compongo, mi dolencia... me molesta menos; me afecta más cuando estoy con otros» (procesaba una discriminación clara de los sonidos, se aislaba instintivamente y sabía superar la algiacusia y paracusia). Su salud decaía pero su capacidad temática bullía sin descanso: «Solo Dios sabe en que me he convertido...». Había momentos en que consideraba que su sordera era: «Una venganza una maldición de su Creador o del Destino». «Plutarco me mostró el camino de la resignación. Si ello es posible, desafiaré mi destino, aunque creo que mientras viva aquí habrá momentos en que yo mismo seré la criatura más desgraciada de Dios...». «¡La resignación, qué desdichado recurso. Sin embargo, es todo lo que me resta...!».

A principios de la década, conoció a Johann Adam Schmidt, profesor de Patología General y Terapia de la Academia de Joseph, quien ofreció confianza a Beethoven, le recomendó marcharse al campo como protección contra los ruidos y las agitaciones de la vida cotidiana, pues necesitaba los descansos en el campo y el disfrute de la naturaleza. Se dirigió a la tranquilidad de Heiligenstad donde permaneció un año entero. Allí le brotaban ideas musicales durante el verano, ideas que trasladaba a sus cuadernos de apuntes para luego componer en invierno.

A finales del mismo año (18/12/1801) insistía a Wegeler: «Es cierto no puedo negarlo, el zumbido y el susurro son un poco menores que antes, sobre todo en el oído izquierdo, donde mi sordera comenzó realmente (A medida que se pierde el oído la sintomatología de ruidos aminora)...Pero hasta ahora mi oído ciertamente no ha mejorado...». «Este

*cambio ha sido promovido por una querida y encantadora joven que me ama y a quien amo (tal vez Giulietta)... Desde hace un tiempo mi vigor físico ha venido aumentando cada vez más, y por lo tanto ocurre lo mismo con mi capacidad mental».*

En la primavera de 1802, parece que las molestias generales mejoraron pero no la sordera, que seguía instalándose gradualmente y temía quedarse irremediamente sordo.

El genio continuaba preocupado por su situación económica, al mismo tiempo que se encuentra unas veces triste y en silencio, sin embargo no se queja mientras compone y sigue ocultando su sordera durante años en público, un hecho que le provoca la tragedia anímica y no desea relacionarse con la sociedad.

Se pregunta si las técnicas galvánicas a las que recurre le curarían y lo comenta cuando se le aplican: *«El ruido del oído parece que disminuye algo»*, y le animan a continuar. Poco después desea luchar con el destino y piensa en lo maravillosa que es la vida, para luego caer en otra postración. No es de extrañar que tanta desdicha incrementará la melancolía, incluso le indujera a pensar en el suicidio; como describe a sus hermanos en el Testamento de Heiligenstad.

Este hecho lo confía a algunos amigos y saca fuerzas para combatir la angustia y una vez más no se rinde y se emplea a fondo en la música sin olvidar su sordera que escribe a Wegeler y le confiesa a Amenda: *«...Has de saber amigo, que la parte más noble de mi ser, mi oído, desfallece y muere... no quiero perder toda esperanza, pero el caso es grave; estas enfermedades no suelen curarse... Tú ayudarás a tu amigo a soportar la desgracia que le aflige. Tú permanecerás siempre a su lado».*

Como dice Emil Ludwig: *«Esa lucha por el Destino le hace refugiarse de nuevo en la Naturaleza. No podrá oír la voz de los pájaros, pero su oído interior armoniza los sonidos del viento, la lírica de las nubes y demás armonías que flotan entre el cielo y la tierra...».* *«Cuando contemplo el estrellado cielo y reflexiono sobre la armonía de las esferas»*, diría.

Como la sordera evolucionaba en forma alternante a los 35 años comentaba que según los días y la dirección del viento, podría oír mejor o peor; y que cuando hablaba con alguien se ponía las palmas de las manos tras las orejas para percibir mejor la voz y su ánimo mejoraba.

Comenzaba a buscar artilugios para captar mejor tanto la música como la voz por medio de trompetillas, aunque la conversación seguía haciéndolo a través de la escritura por medio de unos Cuadernos de Conversación. Así escribió: *«es preciso que este aparato se perfeccione y entonces... ¡A viajar! Me debo a mí mismo, a los hombres y al Todopo-*

*deroso, y sin oído no podría desarrollar todo lo que llevo dentro de mí». Una actitud de conformismo al tiempo que de superación.*

En 1820 quedó totalmente sordo y declina el actuar en público, negándose así mismo a abandonar la composición; pretendía superarse con todas sus fuerzas, incluso con cierta ira y dramatismo escribió a su amigo Franz Wegeler: *«Agarraré al destino por el cuello y lo desafiaré»*. Ludwig, avanzado en edad y enfermedades físicas y psíquicas, en 1825 comenzaron a hacerse más evidentes las manifestaciones hepáticas, hemorragias digestivas, ictericia, aumento de volumen abdominal (ascitis), epistaxis, edemas de extremidades, cuadros febriles con tos y expectoración hemoptoica, etc. Aún así, ese espíritu tan peculiar, tan enérgico, le hizo seguir componiendo, bebiendo y comiendo a su gusto, sin obedecer los consejos médicos, por lo que su salud maltrecha empeoraba día tras día. Thayer llegó a la conclusión de que el consumo de vino era excesivo; y Holz dijo que: *«Bebía mucho vino en la mesa, pero podía resistir bastante, y con buena compañía a veces se achispaba»*.

Breuning llegó a decir en 1825 o 26, que a veces podía oír lo que se decía en voz alta y Holz confirmó: *«cuando uno gritaba enérgicamente en el oído izquierdo podía hacerse entender»*. También podía hacerlo con algunas frecuencias bajas, como el repiqueteo de las ruedas de un carro, truenos y disparos de armas de fuego. Es por tanto un proceso desigual que degeneró hasta la sordera total en la última década.

En el bosque, al que volvía con papel de música en la mano, a veces, se levantaba como si escuchase algo, para luego sentarse y escribir: *«...después de la inspiración ha vuelto súbitamente»*. *«Cuando compongo, siempre tengo un cuadro en la mente y trabajo de acuerdo con él»* (comentarios que hacía a Schubert). Escribe y borra, se levanta de noche y modifica la composición original.

Lejos del ambiente bullicioso, en la Naturaleza, sólo halla paz. *«Mi desdichado oído no me hace aquí ninguna falta. Todos los árboles me hablan, y su lenguaje llega perfectamente a mi alma... Si todo lo demás anda mal, el bosque siempre es el mismo, hasta en invierno...»*. *«Dios mío en el bosque soy feliz. ¡Qué serenidad, qué paz! Únicamente en el bosque puede elevarse el alma a Ti, solo entre esta frondosidad puedo servirte!»*. *«Cuando la música suena en mí oigo siempre toda la orquesta»*.

Por esta época, al mismo tiempo que su sordera se deteriora su salud en general, se afecta su visión, pero aún cree que hay esperanza, sin embargo su desgracia auditiva se va haciendo más profunda y trata de asumirlo.



Los cólicos y dolores intestinales le hace sufrir, exclama: «*¿Todavía no he aprendido a morir?, ¡Esto ya lo tenía a los 15 años!*». Se agudiza el malhumor y rechaza a sus amigos, incluso desea rehusar a Schindler porque le disgusta su presencia. Como siempre se arrepiente y escribe: «*No se debe manifestar a nadie el desprecio que merece, porque nunca se sabe de quien se tendrá necesidad*».

Le aparecen o se incrementan los dolores articulares, tal vez reumatismo (posiblemente por el frío que pasó de niño cuando vivía con sus padres en aquella buhardilla).

### **Últimos meses de Beethoven**

Beethoven comprendiendo su situación escribió al doctor Anton Braunhofer, médico homeópata (La homeopatía: Semilia Semilibus Curantur, lo semejante se cura con lo semejante: por la cual un paciente debe curarse con la misma sustancia que provoca sus síntomas, administradas en dosis diluidas): «*No me siento bien, y abrigo la esperanza de que usted no se niegue a ayudarme, pues sufro mucho*». «*Escupo mucha sangre, pero probablemente solo de la tráquea; a juzgar por lo que sé de mi propia constitución, será difícil restablecer mi fuerza sin auxilio*», y concluía la nota: «*Doctor, ¡cierre las puertas a la Muerte! La música también me ayudará en esta hora de necesidad*». Tal vez Beethoven conociera la homeopatía a través de sus amigos Goethe y Liszt; y su sobrino opinaba que era un tratamiento de moda de la Medicina. Por tanto autores como Beethoven, Liszt, Schumann, fueron tratado con las terapias de la época: dosis excesivas de plomo, y la homeopatía seguía ajena al problema de la época.

El Himno de la Alegría, que quiso hacerla música Beethoven a los 20 años, la culminó a los 54, aunque con gran esfuerzo y así lo comentó a su alumno: «*Ya está, ya lo tengo decidido; cantaremos la canción del inmortal Schiller*». Obra que fue la última que presentó, pero no la dirigió. El estreno fue un inmenso espectáculo y la descripción del desarrollo de la obra ha sido descrita muchas veces. Los asistentes unos lloraban, otros reían, todos aplaudían, hasta el coro mostraba un sentimiento emocionado de la misma. Beethoven solo miraba pero no se movía, estudiaba los movimientos de los intérpretes. Al final supo que habían terminado pero permaneció quieto hasta que una joven solista subió cogiéndolo del brazo al genio y lo hizo volverse en redondo, para que pudiera ver lo que no percibían sus oídos.

Caminaba con la cabeza erguida, siempre arrogante y apariencias de timidez, tal vez algo o mucho, cohibido, parecía su rostro, por lo que se

subía las solapas del levitón deformado por el peso que llevaba en los bolsillos de sus cuadernos y lápices. Se cree solo en el paseo, no presta atención de quienes le miran o intentan saludarle, y su cabello blanco asomaba bajo las alas del sombrero, caminando como si estuviera sólo. Suele acudir a la posada donde descansa y fuma en solitario, pero alguien le reconoce y exclama: «*Cuando le llama, cuando le grita alguien, despega los párpados con gesto de águila atormentada y a su interlocutor le tiende el cuaderno y lápiz... con los ojos medio entornados, le escribe unas notas*».

La enteritis grave que padecía alarmó al médico, quien le advirtió que debía controlar su dieta: «*Ni vino, ni café; ni especias de ninguna clase... le aseguro que si bebe se debilitará y se agotará en pocas horas*». Y una recomendación que partiese cuanto antes para el campo, en busca de «*aire fresco y leche natural*».

En 1826, Beethoven, ligeramente mejorado indicó a Holz que iniciara su biografía con cierta recomendación: «*Confío absolutamente en que no transmitirá desordenadamente a la posteridad la información que la suministré con ese propósito*».

A finales de año Beethoven y Karl partieron para Viena, a pesar de las dolencias del compositor, lo hicieron en un transporte que no era el adecuado, pues solo consiguieron un viejo carricoche descubierta a pesar de la estación climática, de aquí que el viaje fuera épico y terrorífico, pues llevaban ropa de verano, así lograron llegar a la taberna de un amigo donde pasaron la noche. El frío, que era insostenible, influyó en el estado de Beethoven por lo que Karl permaneció junto a su cama. La odisea la comentó el médico Wawruch:

«*Se vio obligado a pasar una noche en una taberna de aldea y allí, además del refugio inadecuado, tuvo que usar una habitación sin calefacción y sin persianas que lo protegieran del frío. Hacia la media noche sufrió el primer escalofrío febril, y soportó una tos seca y violenta acompañada por sed intensa y dolores agudos en los costados*», (posible inicio de neumonía). Cuando llegó a su alojamiento Wawruch describió la patética situación de Ludwig: «*Encontré a Beethoven afligido por diferentes síntomas de inflamación de los pulmones. Le ardía el rostro, escupía sangre, al respirar amenazaba sofocarse y una dolorosa punzada en el costado determinaba que acostarse de espaldas fuese una tortura. Un severo tratamiento para combatir la inflamación pronto aportó el alivio deseado..., liberado de un aparente peligro de muerte, de modo que el quinto día pudo hablarme, ahora sentado, y con profunda emoción, de las incomodidades que había soportado*». Luego mejoró ligeramente.

El mismo Dr. Wawruch había anotado su opinión en su diario sobre el tratamiento que prescribió sobre una neumonía (probablemente en aquella taberna), El 20 de diciembre después de una consulta entre Wawruch y Staudenheim se procedió a las paracentesis extrayendo 12 litros al principio, extracción que realizó cinco veces más y se complicó con infecciones y fistulas ascíticas. En las anotaciones se lee el uso de sales que contenía plomo y cremas con el mismo metal que utilizaba sobre las heridas de las paracentesis para sellar las aberturas. Seguro que Wawruch no sabía que el maestro padecía del hígado, y que con el tratamiento empeoró.

Su estado fue a peor y su médico lo describió: «*Temblando y estremeciéndose, se doblaba en dos a causa de los dolores que destrozaban su hígado y los intestinos; los pies, que hasta allí se había agrandado moderadamente, ahora estaban tremendamente hinchados. A partir de este momento se acentuó la hidropesía, disminuyó la segregación de orina, el hígado mostró indicaciones claras de la presencia de nódulos duros, y se agravó la ictericia*» (se establecía un proceso multiorgánico).

A principios de año 1827, fecha en que entra en el ejército su sobrino, la delicada situación del maestro es evidente, con el cabello abundante encanecido, momento en que le fueron a visitar algunos músicos: Holz, Schindler y el joven Breuning, al que llamaba «botón de pantalón» (compañía que le agradaba). Le animó la visita de Hiller, con quien criticó el momento actual de la vida política y cortesana: «...*los ladronzuelos acaban en la horca, mientras que los mayores delincuentes gozan de Libertad*», comentario que usa una vez más sobresalían de sus pensamientos las ideas revolucionarias.

Ya en cama gravemente enfermo aún tuvo arrestos para corregir la 9.<sup>a</sup> Sinfonía. Incluso le dicta a Mochales una carta dirigida a la Filarmónica londinense. Sacaba ánimo para leer de nuevo a Plutarco, Homero, Aristóteles y otros clásicos pues le reconfortaban esas lecturas, ánimo y esfuerzo que logró sacar para poder iniciar la 10.<sup>a</sup> Sinfonía.

Su salud decaía por momentos como recuerda Nikolaus Johannes: «*Al almuerzo comía únicamente huevos pasados por agua, pero después bebía más vino, y así a menudo padecía diarrea; de modo que se le agrandó cada vez más el vientre, y durante mucho tiempo lo llevó vendado*». Reconocía que tenía sed al tiempo que el apetito lo iba perdiendo, aumentaban los dolores en el abdomen y aparecían edemas en los pies.

No cabe duda de la personalidad de Beethoven, pues a pesar de su estado pudo escribir una carta dirigida al príncipe Hatzfeld en la que no cejaba sobre sus pretensiones: «*Debo pedir de vuestra bondad me en-*

*víe ese el anillo que Su Majestad el rey de Prusia decidió obsequiarme, lamento mucho que una enfermedad me impida recibir personalmente este signo (tan precioso para mí) del amor al arte de Su Majestad». El anillo carecía de valor al no tener diamante, hecho que al conocer la poca valía, quiso venderlo, pero Holz aconsejó: «Maestro, conserve el anillo. Es el regalo de un rey». Beethoven se irguió ante Holz y con indescriptible dignidad y conciencia de sí mismo exclamó: ¡Yo también soy rey! Actitud altivez y endiosamiento hasta el final.*

Casi al final de su vida hacía su último traslado a un lugar donde nadie le conoce; pero le engañan y rechazan por su aspecto, mientras trataba de buscar a alguien en quien confiar y le entendieran. Se trataba de casa oscura, de techos altos y una decoración que parecía de la edad media, pero se siente a gusto. Esta casa se le consideró como casa del español, donde había dos pianos y un tornavoz en forma de campana para poder oír algo; también dos tubos acústicos, dos violines y otros instrumentos; la cama estaba en la habitación contigua y el escritorio cuya silla miraba hacia la puerta para no verse sorprendido si alguien entraba.

Había momentos en que las venas del cuello y sienes se le hinchaban (no descarto una hipertensión portal). Cuenta con sólo dos amigos, Breuning y Weber y sin perder ánimo para la escritura, lo hace con redacción tierna y les confía algunas de sus preocupaciones.

Su estado requería una consulta entre médicos, que se celebró el 11 de enero, donde se incluyó el doctor Malfatti, médico que recomendó que se suministrase a Beethoven una bebida alcohólica helada para aliviar su incomodidad y sus frecuentes periodos de melancolía.

Pronto se difundió la noticia de la enfermedad mortal de Beethoven y los antiguos amigos acudieron al domicilio de Schwarzsphierhaus para saludarle, animarle y, tal vez también, para despedirse. Schindler, Holz, los Breuning, Nikolaus Johann, Salí (ama de llaves de Beethoven), Haslinger, Diabelli, Clement, Piringer, Schickh, Andreas Streicher, Bernard, Dolezalek, Schuppanzigh, Moritz Lichnowsky, Gleichenstein, Hummel, que llegó con su esposa Elizabeth, y su joven alumno Ferdinand Hiller. Elizabeth extrajo su pañuelo y varias veces enjugó la transpiración que cubría el rostro de Beethoven. Hiller describió la situación: «*Nunca olvidaré la mirada agradecida con que su ojo extraviado la miró*».

Beethoven se ve mal pero sigue sin ceder: «*No renuncio a seguir trabajando, mi actividad, aun cuando me haga sufrir, me da alientos y me sostiene*». Y en las últimas semanas fue cuidado por un nuevo médico que confiesa que no sabe lo que le pasa, le hace tragar gran cantidad

de medicamentos durante un mes y cree que su corazón está débil por causa de desolación o por alguna ingratitud penada. Por las grandes discrepancias médicas les hizo a Schindler escribir: «*víctima de la bajeza y de la ignorancia, se hundió en la tumba con diez años de anticipación*».

Postrado en la cama se desvanece y alguien le atiende, tal vez algún alumno o algún amigo fiel y un médico, no hay ninguna mujer por las que tantas suspiró. Tal vez se haga preguntas sobre aquellas que le aplaudieron, le adoraron, etc.

Tres días antes de morir otorga testamento a favor de Karl, y al día siguiente el médico manda llamar a un sacerdote quien llega y encuentra a Ludwig sereno. Allí están Schinder y Breunning, pero Beethoven, el elegido por la humanidad, se va muriendo en la mayor soledad.

Estos días Schubert le visita, y en su presencia, el doctor le escribe en su diario que el fin está cerca. Beethoven con gran disposición de ánimo leyó el escrito con lentitud y reflexión y, se percibió en su rostro una transfiguración, tendió la mano a su amigo y dijo: «*Mande llamar al cura*». Beethoven hizo una observación sobre Schubert: «*En Schubert, hay un alma divina*». El fin se aproximaba rápidamente y se aplicaron los últimos sacramentos: «*¡Aquí estoy postrado desde hace cuatro meses!*» y exclamó: «*¡Es inevitable perder al fin la paciencia!*». Aún le quedan fuerzas para recordar algunas comidas sabrosas y escribió a Pásquela: «*Le agradezco el alimento que me envió ayer. Un inválido anhela como un niño algo parecido. Por eso le pido hoy los duraznos cocidos...*»... «*Por favor, envíeme hoy más cerezas cocidas, pero preparadas sencillamente, sin limón. Además, un budín liviano, casi como gachas, me daría mucho placer*». Sus pensamientos volvían hacia el Rin como escribió a Schotten respecto a los vinos: «*Estoy seguro de que me refrescaran, además de robustecerme me devolverá ml buena salud*».

Cuando marcha el sacerdote, Beethoven abre levemente los ojos y exclama en latín: «*Plausite, amicísima, comedia finita est*». Fue al día siguiente cuando llegó el vino y Ludwig musitó: «*¡Lástima, lástima, demasiado tarde!*».

Comenzó a copiar un codicilo para su testamento que preparó Breuning de acuerdo con el borrador original, el capital del legado de Beethoven sería guardado en fideicomiso, de modo que su sobrino recibiría los intereses y el capital pasaría a los descendientes legítimos del sobrino después de su muerte. Schindler, Breuning y su hijo lo miraban, mientras con mano temblorosa Beethoven transcribía dificultosamente el codicilo. La pluma le temblaba y no podía dibujar

claramente las palabras; agregó letras suplementarias varias palabras y omitió otras de su firma.

Depositó la pluma y dijo: «*¡Ya esta. No escribiré una palabra más*». A pesar de las protestas de los observadores, Beethoven rehusó modificar la cláusula así alterada, en virtud de la cual todo el capital de su propiedad pasaría manos de Johanna van Beethoven (la «Reina de la Noche») en la eventualidad del fallecimiento de su hijo, que era soltero y que acababa de ingresar en el servicio militar; pues ella era entonces la única persona a quien podía considerarse heredera natural del Karl. Con este gesto Beethoven quiso hacer las paces con la mujer con quien tuvo tantas desavenencias (y tal vez amores).

Después comienza la agonía en medio de una feroz tormenta, Johann entra en el último momento y quiere llevárselo todo, pero lo echan los amigos. Murió sobre las seis de la tarde el 26 de marzo de 1827, entre las cuatro y cinco de la tarde, al tiempo que una formidable tormenta de nieve, trueno y relámpagos azotaba Viena, uno de cuyos relámpagos acompañados de estruendoso trueno inundó la estancia que provocó o coincidió con una gran exclamación del compositor, quien ligeramente incorporado elevó el brazo derecho con el puño cerrado, aspecto feroz y amenazante, como si quisiera decir algo para detener el fragor del momento, fijó la mirada en el techo y su brazo lo dejó caer bruscamente sobre el lecho al tiempo que se hundía en la cama donde expiró.

El joven Hiller le cortó un mechón de la cabellera de Beethoven, tal vez antes de la autopsia (al no existir fotografía solo pintura, los familiares de los difuntos acostumbraban a cortar mechones de cabello como recuerdo); así en un momento determinado sacó de su ropaje una tijera y con decisión cortó un mechón. Recuerdo que conservó envuelto en espiral entre dos láminas de vidrio de un guardapelo. Este objeto, como veremos, años después viviría una verdadera odisea posiblemente debido al desorden judío que vivió la Alemania hitleriana, viaje un tanto complicado revestido de misterio.

Beethoven dejó a su muerte, una gran cantidad de documentos: partituras manuscritas, publicadas unas e inéditas otras; profusión de bocetos y hojas sueltas, su biblioteca incluía varios libros en los cuales había subrayado pasajes favoritos; y la extraordinaria confección de cuatrocientos cuadernos.

Schinder había sustraído 400 cuadernos de conversación, manuscritos, los anteojos y las trompetillas acústicas, estatuillas, el reloj de alabastro y la carta a la Amada Inmortal. Fue el ex abogado de Johanna

quien ocupó el puesto a mediados de 1827, y estudió y juzgó los manuscritos y facturas de Beethoven, entre ellos el Testamento.

Las pertenencias de Ludwig se subastaron el 5/11/1827 por 1.140 florines; la Missa Solemnis por 7 florines. El total no subió de 10.000 florines.

### **Autopsia**

Autopsia original: El cuerpo mostraba signos de intenso enflaquecimiento con Petequias negras, especialmente en las extremidades. El abdomen estaba distendido, hinchado con líquido y su piel estirada... La cavidad torácica y su contenido estaba normal. La cavidad abdominal estaba llena de líquido de color herrumbroso. El hígado estaba reducido a la mitad de su tamaño normal, de aspecto de cuero duro y de color verde azulado, y nódulos del tamaño de un poroto. Todos sus vasos estaban muy estrechos, engrosados y desprovistos de sangre. La vesícula biliar contenía líquido oscuro, y estaba llena de sedimento como gravilla. El bazo también grande más de dos veces lo normal, duro y de color negruzco. El páncreas estaba grande y duro, su conducto excretor permitía el paso de una pluma de ganso. El estómago y los intestinos estaban muy distendidos con aire.

Ambos riñones estaban pálidos y al seccionarlos, la corteza medía el largo de la última falange de un pulgar, cubierta con líquido oscuro. Cada cáliz estaba lleno de concreciones calcáreas como arvejas cortadas por la mitad.

El conducto auditivo externo, sobre todo al nivel del tímpano, estaba engrosado y recubierto de escamas brillantes. La Trompa de Eustaquio muy engrosada, presentando una mucosa edematosa y un poco retraída al nivel de la porción ósea.

Adelante de su orificio, en la dirección de las amígdalas, se nota la presencia de pequeñas depresiones cicatrizadas. Las células visibles de la apófisis mastoidea, se presentaban recubiertas de mucosa fuertemente vascularizada, y la totalidad del yunque aparecía surcada por una marcada red sanguínea sobre todo el nivel del caracol cuya lámina espiral se apreciaba levemente enrojecida. Los nervios de la cara eran de espesor considerable. Los nervios auditivos, al contrario, adelgazados desprovistos de la sustancia medular, y esclerosados los vasos que los acompañan.

El nervio auditivo izquierdo mucho más delgado, salía por tres ramas grisáceas muy finas, mientras que el derecho estaba formado apenas por un cordón más fuerte y de un blanco brillante.

El cráneo compacto, el cerebro lleno de líquido y atrofia cerebral posiblemente debido al plomo, que le provocaría el daño, pues es neurotóxico (acumulación de ácido levulínico).

El rostro presentaba un tono violáceo y ambos lados de la cara estaban extrañamente hundidos como resultado de la autopsia que le habían practicado en la mañana, en la que extrajeron los huesos temporales. Los huesecillos del oído, conservados, los sometieron a exámenes posteriores.

Como diagnóstico postmortem, parece ser, que se debió a insuficiencia hepática, con coma hepático; septicemia por la ascitis fistulada e infectada. Es decir debió haber un fallo multisistémico iniciado por la insuficiencia hepática.

### **Diagnóstico anatomopatológico posterior**

*«La autopsia de Beethoven demostró claramente una cirrosis hepática, de aspecto macronodular. Varios litros de ascitis infectada. Esplenomegalia y signos de hipertensión portal. El páncreas engrosado con dilatación de su conducto principal, compatible con una pancreatitis crónica. Colelitiasis. El estómago y los intestinos estaban aparentemente sanos. Los riñones mostraban signos que se han interpretado como una necrosis papilar renal y es el primer caso descrito de esta enfermedad en autopsia. El tórax y los pulmones estaban aparentemente sanos, descartando una tuberculosis y otras enfermedades broncopulmonares.*

*La bóveda craneana estaba aparentemente engrosada y uniformemente densa, hallazgo que ha sido cuestionado como un error de interpretación o de traducción del informe original de la autopsia. Los nervios auditivos están descritos como adelgazados, en especial el izquierdo. Las arterias se vieron escleróticas, pero sin signos de endarteritis obliterante. Curiosamente, el hueso temporal y los huesecillos del oído se extraviaron».*

El 13 de octubre de 1863 a petición de la dirección de «Los Amigos de la Música de Viena», sus restos fueron examinados en presencia de varias personas y se comprobó que efectivamente faltaban ambos huesos temporales, posiblemente extraídos por John Wagner y Rokitsky en la autopsia, quienes estudiaron el cráneo de Ludwig. La necropsia original no fue suficiente para una conclusión diagnóstica etimológica.

Parece una descripción buena para la época aunque insuficiente para poder comprender lo personalmente me interesaba: *conocer el contenido del laberinto anterior (Caracol) y estructuras adyacentes.*



## **Exhumación**

Los cadáveres de Beethoven y Schubert estaban enterrados en ataúdes de madera de pino (en otros lugares de roble); fueron exhumados en dos ocasiones: en la primera en 1863 se hizo una máscara de arcilla (Museo de Anatomía Patológica de Viena) y se cambiaron ambos ataúdes a otros de zinc; en la segunda, 1888, los restos fueron trasladados al Cementerio Central de Viena, donde volvieron a ser examinados y se observó que hubo una fractura vertebral (posiblemente por tanta manipulación) y se destacó la ausencia de huesos temporales.

## **Comentario final**

Analizando algunas cartas, parece que al principio hubo ciertas frecuencias en las que podía oír algo, entonces es cuando usaba las varillas de madera, o se apoyaba directamente sobre el instrumento, es decir, había cierta audición por vía ósea. Lo cual podría hacernos pensar en sordera de transmisión.

Pretendo buscar una idea que desde hace años me mantiene inquieto: ¿cómo pudo tener una repuesta tan genial aquel sordo de dedos gruesos y algo cortos, de cabeza voluminosa y cara leonina que supo brindar a la humanidad una obra tan excepcional e inigualable?, ¿cómo Beethoven completamente sordo pudo componer música, dirigir orquestas, etc. sin poder percibir sonido alguno, fuese sónico o verbal? No me cabe en la cabeza esta genialidad, sí sé que debió poseer ese oído absoluto distinto al oído relativo, lo cual puede desechar muchas teorías etiológicas.

Está claro que Beethoven pudo almacenar en su memoria auditiva las notas del pentagrama y transformarlas en sonatas, melodías, sinfonías, etc. Y que conocía esas notas musicales con sólo mirar los dedos del intérprete o la posición del arco y dedos de un violinista, del teclado que pulsaba el pianista, etc. No oía pero sabía qué nota se tocaba, no sentía la armonía de una orquesta, pero conocía qué se ejecutaba, y si lo interpretaban correctamente o no.

Todos sabemos que La Novena Sinfonía Coral de Beethoven la compuso completamente sordo; y lo hizo con la confianza, creencia e inspiración innata del genio. Conociendo sus obras anteriores, en ésta se puede apreciar cómo se exterioriza su peculiar interior y la emoción contenida, incluso el sufrimiento vivido durante su vida. Da la impresión que pretende despedirse hacia la inmortalidad dispuesto a partir a la otra vida. Es como si sospechara que sería su última obra y dejando atrás una vida complicada sin felicidad.

A modo de anécdota, hay un pasaje extraído de una cita de correo, con el que coincidimos: Tras una conferencia impartida, ya bien entrado el siglo XX, por un célebre científico en la que apoyaba la tesis, entonces novedosa, del aborto terapéutico, uno de los asistentes que se encontraba entre el público le planteó al conferenciante la siguiente cuestión: «¿Qué recomendaría en el caso de una mujer tuberculosa, posiblemente sífilítica, abrumada por las tareas domésticas, casada con un borracho y que está embarazada nuevamente tras haber perdido a un hijo recién nacido? El sabio interpelado respondió sin dudar: «Es un caso clarísimo en el que yo indicaría un aborto». El que había hecho la pregunta miró en derredor suyo al resto del público y con tono entre dramático y divertido dijo: «Ruego a todos ustedes un minuto de silencio. El conferenciante acaba de matar a Beethoven».